

filósofo, rastreando en sus escritos sobre Aristófanes, Maimónides, Spinoza y Nietzsche, bajo el entendimiento de que la combinación del platonismo filosófico y el judaísmo religioso hacen que el azar y la comedia desplacen al destino y a la tragedia.

Cierra el libro el capítulo 14, que trata de «El pensar en un momento de peligro» según lo entendieron Strauss y Walter Benjamin, y fue escrito por Philipp von Wussow, de la Universidad Goethe. Ambos germanos, ambos judíos, los dos pensadores de entreguerras, sin embargo siguieron caminos diferentes: Benjamin se convirtió en un intérprete de la cultura en sus diversas expresiones, principalmente las artísticas, en tanto Strauss se refugió en la filosofía clásica. Así, los dos esquivaron los compromisos políticos y observaron el quehacer cotidiano de la política desde diferentes atalayas.

El libro es atrevido en su intención y no muy logrado en su contenido. Está claro que se puede establecer una conversación entre Strauss y cualquier contemporáneo que le fuera afín por sus estudios y preocupaciones filosóficas y políticas. De esto no cabe duda. Pero sí puede dudarse de los resultados de las forzadas pláticas. Pues éstas serán, por lo general, entre universos diferentes y hasta contrapuestos, ya que es evidente que el de Strauss es la filosofía clásica, especialmente platónica, mientras que los contertulios suyos poco tienen que ver –salvo contados casos– con aquél. De ahí que muchas comparaciones sean forzadas y otras traídas de los pelos, como las de Derrida, Lacan, Foucault o Habermas.

Juan Fernando SEGOVIA

Nathaniel Wolloch, *Moderate and radical liberalism. The Enlightenment sources of liberal thought*, Leiden y Boston, Brill, 2022, 968 pp.

Dentro de la serie Historia del Pensamiento Político y Constitucional Europeo que publica la Editorial Brill de los Países Bajos, el volumen 8 corresponde al libro que N. Wolloch dedica a *Liberalismo moderado y radical. La Ilustración en las fuentes del pensamiento liberal*. Su autor es profesor de las Universidades israelíes de Tel Aviv y Haifa, especializado en la Ilustración, concretamente en el siglo XVIII, tema al que ha dedicado otros libros, por caso, *Naturaleza e historia en la Ilustración* (2011), *Naturaleza e historia en el pensamiento económico* (2018), o *Los animales de la Ilustración* (2018).

El texto que ahora reseñamos considera cómo la Ilustración nutre el liberalismo, a través de un recorrido de los escritores y temas centrales de los siglos XVIII y XIX. El volumen es abundante en páginas –próximo a las mil– y en asuntos considerados, desde la religión, el radicalismo, el conservatismo, la revolución, las mujeres, el romanticismo y el nacionalismo, la economía, la democracia y mucho más. Se advertirá lo improbable que esta reseña lo abarque por completo, haciéndole justicia. Por lo mismo lo que me propongo es mostrar la estructura del libro y aportar una valoración personal.

La obra consiste en una Introducción y 17 capítulos. Aquella permite precisar qué se entiende por Ilustración, considerando sus principales aristas políticas. Mas lo que inquieta a Wolloch es mostrar la continuidad entre el liberalismo ilustrado del XVIII y el liberalismo del XIX, no obstante se haya considerado a éste enemigo de la democracia. Queda así presentado el argumento del autor: hay una Ilustración moderada y otra radical, como hay un liberalismo moderado y otro radical.

Al tratar del Estado y la religión en la Ilustración, el panorama va desde unos comienzos ganados por el radicalismo (Maquiavelo, Bayle, Spinoza) a una tendencia más moderada (Montesquieu, Vico), esta última expresada en la Ilustración germana, que lleva al tratamiento de Mendelssohn, Lessing y Kant. Aquí yo notaría una primera dificultad: ¿qué religión?, pues hay entre los historiadores la propensión a igualarlas todas, incluido el deísmo, de modo que acaba desfigurándose el concepto y las ideas atrás de él, como si dijéramos que es suficiente con escribir «alma» o «iglesia».

En el capítulo segundo entra Wolloch en el desenvolvimiento de la Ilustración radical en Francia, Italia y Gran Bretaña. En el tercero estudia las ideas republicanas del patriotismo holandés. El cuarto lo dedica al análisis de la evolución política de Edward Gibbon, del radicalismo al conservatismo; el quinto corresponde a Adam Smith y su oscilantes convicciones ora radicales, ora moderadas. El sexto, breve pues ya le ha dedicado un libro, trata de la política económica del liberalismo.

El capítulo séptimo es un estudio del conservatismo de Edmund Burke, que considera no tan enfrentado a la Ilustración, como generalmente se ha sostenido. Una apreciación: la buena historia precisa de una buena psicología; ésta, si es buena, no entiende que las ideas humanas nacen de un repollo o las trae una cigüeña; responden a un ambiente tan generoso que, debiéndose

a la época, muchas veces la excede. Tal el caso de Burke, según creo. No se lo puede enclaustrar en su tiempo –del que es hijo–; debe considerarse también su formación filosófica, estética, ética, que son como el prisma del entendimiento del tiempo del que fuera contemporáneo.

Después de Burke, el autor trata de Destutt de Tracy y Benjamin Constant, a los que considera moderados con antecedentes radicales. Personalmente, del último, no juzgo que fuera así, siempre fue un radical. En el noveno capítulo entra en la Ilustración y liberalismo en Norteamérica, llegando hasta las radicales puestas de Legget y Jackson. Bien logrado el estudio, mejor que el Décimo, que examina Ilustración y liberalismo en América Latina que, por sucinto, se queda en barbecho.

Obligada consideración –lo demanda la historia profesional– es el trato de las mujeres, que hace en el capítulo undécimo, acerca del papel de ellas en las revoluciones del XVIII y del XIX. Los dos capítulos que le siguen pertenecen ya, casi por completa al XIX. En el décimo segundo estudia las ideas de Fichte y de Hegel, relacionándolas con su fondo ilustrado, mostrando cómo ambos fueron matizando su radicalismo, tesis también objetable por muchos motivos –en especial los religiosos– que aquí no se pueden exponer. En el Décimo tercero, el tema es la vinculación del liberalismo con el nacionalismo y el romanticismo, extenso y bien fundado.

Los historiadores liberales franceses, frente a la herencia de la Revolución, son la materia del capítulo siguiente, que se detiene en las exposiciones de Guizot, Thierry, Mignet, Thiers, Michelet, Quinet y Lamartine. Se trata de un estudio profundo, serio, documentado, al que yo le hubiera añadido el trasfondo de las ideas religiosas de los escritores, pues en la mayoría de ellos hubiera servido para ratificar su radicalismo.

Entramos en los últimos capítulos. El décimo quinto lo dedica a Tocqueville y el problema de la democracia, dependiente de una concepción histórica que relaciona el progreso a los «estadios» de vida de las sociedades. La obra y las ideas de Lord Macaulay, el historiador y pensador inglés, hacen al anteúltimo capítulo, que el autor resume en un fondo radical pero moderado en el estilo (*garb*), es decir, en apariencia. Cierra Wolloch con el liberalismo radical de John Stuart Mill, en un todo de acuerdo con los estudios acerca de este influyente autodidacta.

En unas apretadas conclusiones, el autor reitera sus tesis: en siglo XVIII se advierte una clara contraposición entre los moderados

y los radicales, que se va desdibujando en el siglo XIX. Transformismo psicológico, pero también de resultados políticas, que el autor dice lleva a la disolución de las más nobles ideas ilustradas por el liberalismo decimonónico.

Es hora de concluir esta lectura. Algo que salta a la vista es que la distinción en la Ilustración de un ala moderada y otra radical es falsa, parte de un punto de mira equivocado. Lo he dicho en otras ocasiones, cuando he comentado algunos textos de J. Israel. Si en la Ilustración no se sostiene, en el liberalismo tampoco. Hilando grueso, no hay una Modernidad linda y otra fea, una buena y otra mala.

Otra acotación: la obligación del historiador es de observar los dos (o tres) platillos de la balanza, como si dijésemos lo noble y lo innoble de los tiempos históricos. Esto significa que no podemos apoyar la idea de que la belleza ilustrada fuera afeada por el liberalismo, porque eso es mirar sólo una cara de la Ilustración. El historiador debe estar atento a la libertad y también poder, a los derechos individuales junto a la soberanía del Estado, al progreso y además a la pobreza, al liberalismo tanto cuanto a su hijo el socialismo, etc.

Una última observación, que he antes también hiciera. Recordemos el dicho: quien mucho abarca... Es meritorio intentar comprender dos siglos de ideas políticas sin caer en un Manual colegial, pero en la anchura está también el defecto, porque cuando mucho se contiene se dejan de analizar aspectos más profundos, autores más representativos y materias más urticantes. Debo decir que el autor ha sorteado algunos de estos inconvenientes, pero no todos porque es imposible. Prefiero libros más delgados por acotados pero más penetrantes.

No obstante lo dicho, el texto ofrecido por Wolloch debe valorarse positivamente, más allá de las diferencias –que mantengo– en la comprensión de ciertos autores y algunas cuestiones, porque no se pueden evitar. Es positivo por el panorama general, por lo abarcador en cuanto a la Ilustración y el por esfuerzo de síntesis, más allá de logrado.

Juan Fernando SEGOVIA